

RESEÑAS

A. Lillo, *The ancient Greek numeral system. A study of some problematic forms*, Bonn, Rudolf Habelt, 1990, 66 pp.

En este libro el autor hace una revisión de aquellas formas cuyo estudio morfológico plantea más dificultades en el sistema de numerales griego. Para ello el método empleado es distinto del que se ha venido siguiendo en los distintos estudios que sobre este tema se han realizado, ya que la tendencia ha sido, a partir de las formas atestiguadas en las lenguas indoeuropeas, intentar reconstruir la protoforma de la que derivarían directamente. Lillo, sin embargo, considera esencial distinguir bien los distintos estadios de la evolución de estas formas, en muchos casos desarrollados dentro del propio sistema de lengua, una vez desgajada del tronco común. Teniendo esto en cuenta, el autor hace interesantes propuestas.

Comienza por el numeral «cuatro». El proceso seguido por todos los dialectos griegos a partir del indoeuropeo es el mismo: extensión del tema del acusativo al resto de los casos, de forma que $*K^{w}tw^{or}$ - o $*K^{w}tur$ -, en grado cero, sustituyó al nom. $*K^{w}twor$ -, grado pleno timbre *o*, dentro de cada dialecto. La excepción es la del dórico que mantuvo el timbre *o* del nominativo, aunque tampoco es ajeno a la influencia del acusativo a partir del cual sustituyó $-\sigma\sigma-$ por $-\tau-$. Para comprender este proceso común hay que tener en cuenta la evolución posterior a época micénica del grupo $-tw-$ y la doble realización [w] o [u] de /w/. Así, el nominativo lesbio $\pi\epsilon\sigma\upsilon\theta\epsilon\varsigma$ hay que entenderlo como extensión del tema del ac. $\pi\epsilon\sigma\upsilon\theta\alpha\varsigma$ ($<*K^{w}etur-\eta s$), y el nom. dórico $\tau\acute{\epsilon}\tau\theta\epsilon\varsigma$ (en vez del esperado $*\tau\epsilon\sigma\sigma\theta\epsilon\varsigma$ $<*K^{w}etwor-es$) se explica a partir del ac. $*\tau\epsilon\tau\upsilon\theta\alpha\varsigma$ ($<*K^{w}etur-\eta s$), cuyo tema con $-\tau-$ adoptó el nom., al tiempo que, por analogía con este caso, el timbre *o* se extendió al ac. y gen.

Del numeral «nueve» se plantea la explicación de la geminada nasal del griego $\acute{\epsilon}\nu\nu\acute{\epsilon}\alpha$, una vez aceptado por el autor que esta forma no está relacio-

nada con la del armenio *inn*, cuya geminada se explica dentro del propio sistema de numerales. La conclusión a la que se llega es que *-nn-* debe explicarse a partir de formas compuestas, ya que el doblete **enwñ/*enewñ* que tuvo el griego antiguo, con *e-* protética, no puede haber generado este grupo (en **enwñ* no va la nasal entre vocales, posición necesaria por definición para una geminada, y **enewq> *ενεφα*). Puesto que la forma en grado cero para este numeral sólo se atestigua en griego, parece más apropiado, considera Lillo, remontarse a una forma indoeuropea con grado pleno **newn*. La forma tipo *éva-* (con las variantes *ήνα-* y *είνα-* tras el tratamiento fonético de *-nw-*) formada sobre el grado cero, son aceptadas por el autor como construcciones secundarias, siguiendo a Brugmann y a Szemerényi. Las formas compuestas que le sirven de referencia para la explicación de la geminada que adoptó por analogía *έννέα* son *έννήμαρ*, *έννήκοντα*. Esta última no presenta reduplicación como indica Chantraine, Lillo prefiere analizarla como formada sobre **newñ-*, con *e-* protética, con la pérdida de *-w-* en fecha tardía y con el alófono consonántico [n] en vez de [ŋ]. Esta es la única forma que ofrece *-n-* intervocálica sin que le haya afectado el proceso de geminación de la antigua nasal. Una vez que el uso de la vocal protética fue regularizado, a partir de la forma **enen-* se creó un grado cero **enn-* **enewñ* y **enwñ* podían aparecer, por lo tanto, ante consonante en compuestos y **enen-* y **enn-* pudieron ser los alomorfos respectivos para contextos ante vocal. El doblete homérico *έννήκοντα/έννήκοντα* sugiere que las formas con grado cero y pleno son intercambiables. Quizá, apunta Lillo, *enen-* quedó relegado al numeral de decena, mientras que *enn-* pudo extenderse a otras formas, según muestra el adverbio homérico *έννήμαρ*. Respecto a *έννέα*, tuvo que reconstruirse en protogriego, porque la geminada aparece en todos los dialectos.

Para «veinte», propone la reconstrucción **dwiH₁-dkm₂-t-iH₁*. Justifica, en primer lugar, la pérdida de ambas dentales sonoras *d-d*, lo que da lugar a la forma **wikm₂t_i*, que tradicionalmente se ha reconstruido para «veinte», por disimilación a partir de la división silábica **dwid|km₂t_i*, como corresponde al esquema T-T de raíces indoeuropeas; esta disimilación generó el doblete **wid-km₂t_i / *dwi|km₂t_i* cuyas formas pudieron influir una en otra: partiendo de la reinterpretación morfológica que una división silábica **dwi km₂t_i* pudo ocasionar, la otra forma se reanalizó **wi|dkm₂t_i*, donde **-d-* ya no constituía el margen silábico inicial en el tema **dkm₂-*. Al mismo tiempo la dental en *dwī-* pudo llegar a ser superflua, debido a la existencia del equivalente sin **d-* inicial **widkm₂t_i*. A partir de una forma posterior **wi|kr₂t_i* pudo propiciarse la formación de un morfema **-kmt-*, sobre cuya base se contruyeron las restantes decenas y el numeral «cien».

En cuanto al primer elemento de composición, **dwiH₁-* sería la forma caracterizada con sufijo **-H₁-* de colectivo, puesto que es dual. **dwī-* puede relacionarse también con el cardinal «dos» **dwō*, donde *ō* corresponde a la desinencia de dual. Lo que no es aceptable, afirma Lillo, es la interpretación

de *-ī-* como resultado del alargamiento compensatorio tras simplificación de **-dk-en-k-* pues fonéticamente es injustificable. Que sólo aparezca en este numeral la forma de dual **dwī-* puede entenderse, según el autor, por la presión ejercida por los demás numerales, por eso en el resto de la composición nominal sólo se atestigua *di-* (<**dwī-*) en griego.

La segunda parte del compuesto muestra, junto a la forma de «diez», con grado cero, **dkm̄*, dos sufijos: **-t-* derivacional, y **-iH₁-* de dual; este análisis es más exacto para Lillo, que considera que una forma **dkm̄t-* es difícil de identificar con «diez» por la dental final. El grado cero del morfema de decena se opone al pleno **kont-* que muestran las siguientes, lo cual está en consonancia con la consideración de dual, como muestra el uso del antiguo indio en que los temas en *-nt-* presentan grado cero en el nom. y ac. neutro dual, frente al grado pleno de los correspondientes en plural. Para la cantidad breve de *-ī* final puede postularse la influencia analógica de la desinencia *-ε* del nom. y ac. dual de los atemáticos. Esta desinencia implica que el griego simplificó el procedimiento de formación de este número en relación con el indoeuropeo. La analogía con *-ε* no tiene lugar en el primer elemento **wī-* por encontrarse en interior de palabra. Quizás también, apunta además Lillo, pudo influir el modelo de *τριάκοντά* con la secuencia *-ā|-ă-*. En latín la forma *vigintī* mantuvo el arcaísmo, quizás, porque el dual había desaparecido del sistema de la lengua.

Respecto al numeral «treinta», la forma griega *τριάκοντά* parece constituir un arcaísmo frente a la latina *trigintā*, considera el autor, en lo que se refiere al primer elemento de la unidad. Como reconstruir una forma indoeuropea directamente a partir de la griega y latina es erróneo, para evitar este método, una vez más Lillo encuentra la explicación para la forma latina en la evolución seguida dentro del propio sistema de numeralas latinas. *trī*, por lo tanto, no procederá de *triH₂*, con sufijo **-H₂* de colectivo, como se ha postulado, sino que, por analogía con *vigintī* adoptó esta forma. Teniendo esto en cuenta, puede entenderse que «treinta», tanto en griego como en latín, se remontan en el primer elemento del compuesto a **trieH₂-*. La *-a* final tras el sufijo de decena, sin embargo, es breve en griego pero larga en latín. A propósito de este hecho hay que tener en cuenta, señala Lillo, que este primer elemento de la unidad es el que aporta al numeral la marca denotativa, como muestra la desinencia **-H₂*, pero la desinencia o sufijo de colectivo que se añade al morfema de decena **k(o)nt-* es secundario. El grado adoptado, pues, en un estadio más tardío es el cero, una vez que **eH₂* fue eliminado del sistema como desinencia de caso, con la siguiente extensión de **-H₂* a todas las formas. **τριάκοντά* en griego, por lo tanto, pudo pasar a *τριάκοντά*; la *-ā-* del primer elemento se mantuvo por no ser final de palabra. Respecto al grado apofónico que el latín adopta para el sufijo de decena, con grado cero (**-km̄t-*) frente al pleno del griego (**-kont-*), hay que entenderlo por analogía con *viginti*; la forma reconstruida del indoeuropeo debe de ser, pues **trieH₂-k(o)nt-eH₂*.

A propósito del numeral «cuarenta», Lillo propone una protoforma **K^wet-w₁H₂(-)*, es decir un tema en sonante con sufijo de colectivo, para explicar el

doblete *τετρῶ- y τεσσαρᾶ(-), que debe haberse creado en época temprana; la evolución a una forma u otra depende de la vocalización ascendente o descendente de /r/, con la consiguiente influencia en la división silábica de la forma: *τετρῶ-<K^wetw^rH₂- mientras que *τεσσαρᾶ(-) <*K^wetw^rH₂. El hecho de que *τετρῶ-, con -ᾶ- (<*K^wetw^r-), se utilizara en compuestos de «cuatro» quizás contribuyó a la eliminación de *τετρῶ-, cuyo uso quedó restringido al numeral «cuarenta». En la elección que los dialectos en su mayoría hicieron de τεσσαρᾶ- pudo influir que esta forma es la misma que el neutro plural de «cuatro». La forma dórica τετρώκοντα es la más difícil de explicar directamente de la reconstrucción indoeuropea, puesto que -w- implica un sufijo *H₃, que es inaceptable; Lillo opta por considerarla una remodelación dentro del griego: τετρώκοντα <*τετρώκοντα evolución realizada sobre la base de τέτορες, a partir de la proporción τρία: τριάκοντα =τέτορες: τετρώκοντα.

Sobre las decenas superiores a «cuarenta», hay que recordar que la vocal larga que aparece ante el morfema de decena es analógica a las anteriores, pues éstas ya no toman sufijo de colectivo. Para «cincuenta», la protoforma *penk^wǵ-kont- debió de cambiar a *penk^wē-kont-, quizás por la relación con *triā-kont- y *k^wetrā-kont- y la oposición de estas formas a las unidades respectivas *triā y *k^wetrā-. En latín el cambio de -ē- a -ā- en *quingūginta* se dio por analogía con *quadrāginta*.

Las decenas superiores a «cincuenta» tienen en común que sus respectivas unidades no terminan en vocal. Para «sesenta», el griego insertó -ē- por analogía con πεντήκοντα. La -ā- de *sexāginta* en latín se explica también por analogía con *quadrāginta*. De las reconstrucciones que se han hecho para el numeral «setenta» Lillo considera acertada la de Brugmann, *septm̄-kont-, a partir de esta forma, tras la extensión analógica del morfema de decena -ēkonta, el alófono consonántico [m] se sustituyó por el vocálico [m̄]. Por otra parte, la evolución de -ptm- a -bdm- por asimilación al grado de sonoridad de la nasal, debió de ocurrir en el momento de la extensión analógica a partir de πεντήκοντα; consiguientemente se generó una vocal epentética entre *d* y *m* de timbre *e* en algunas áreas, por analogía con la vocal precedente, y en otras de timbre *o*, vocal que recoge bien el lugar de articulación de *m̄*. Para la forma latina *septuāginta* Lillo reconstruye en protolatín *septm̄-āginta <*septmākṇtā, a partir de la forma indoeuropea señalada; lo que ocurrió fue el paso de -m- a -w-, un fonema muy próximo al labial que solucionaba las dificultades de pronunciación del grupo.

De «ochenta», el autor considera como única protoforma en indoeuropeo, que permite una explicación concisa, la propuesta por Martinet: *H₃ekteH₃-. En griego las formas que presenta esta decena son ὀγδοήκοντα, la más frecuente, y ὀγδώκοντα, atestiguada en Homero, Heródoto y Teócrito, en estos dos últimos por influencia de la épica. Partiendo de que *H₃ekteH₃ > ὀκτώ en griego y, puesto que la caída de las laringales ocurrió mucho antes que la reconstrucción de un sufijo -ēkonta a partir de «cincuenta», *oktō-kontā del

indoeuropeo se modeló en protogriego en **oktō-ēkontā*, con la sonorización de *-gd-* (como *-pt-* en «setenta»). A partir de esta forma dos soluciones tuvieron lugar según el tratamiento del hiato **-ō+ē*: *ὀγδῶκοντα*, resultado de contracción, forma más bien marginal pues sólo aparece en Homero, y *ὀγδοήκοντα*, la más usual por su evidente correlación dentro del sistema de las decenas.

Para el último de esta serie, el numeral «noventa», se acepta como reconstrucción mejor de la protoforma indoeuropea **newñ-kont-*, y, como en las decenas anteriores a partir de «sesenta», en un estadio tardío se adoptó el sufijo *-ēkonta*, lo mismo que la vocal protética *e-*. De acuerdo con esto, la forma resultante fue **enewnēkonta*, pero en el estadio intermedio tres formas deben de haber coexistido: la antigua **newñ-konta*, la nueva **enewnēkonta* y una intermedia **enewnkonta*, con el morfema antiguo de decena pero con la nueva estructura silábica para la unidad por analogía con la forma nueva. Tras la pérdida de *-w-* en **enewnēkonta*, **enenēkonta*, se generalizó a todos los dialectos griegos.

La última forma revisada en el libro es la del ordinal «octavo». Para ella Lillo propone un estadio *ὄγδοφος*, como referencia fundamental para la reconstrucción indoeuropea de «octavo», sobre la base de la forma latina *octavos* y el testimonio de la forma reconstruida [oγ]δοφα en una inscripción de Calidón (*IG IX 1²*, 152s) y apoyado tanto por la relación evidente a partir de *ὄγδο-* entre *ὄγδοφος* y *ὀγδοήκοντα*, como por la idea de que el griego en general mantiene un vocalismo arcaico respecto al de otras lenguas indoeuropeas. Para la protoforma indoeuropea Lillo prefiere la propuesta de Martinet **okteH₂*o-s*. En protogriego la forma evolucionó a **ogdāwos* u **ogdāwos*. De acuerdo con esto podría distribuirse *ὄγδο-* para el cardinal y **ὀγδᾶ-* u **ὀγδᾶ-* para el ordinal; la remodelación analógica de **ogdāwos* u **ogdāwos* (en el libro se lee, en concreto, **ogdōwos*, p. 66, pero es de suponer que se trata de un error de imprenta por **ogdāwos*) a *ὄγδοφος* sobre la base del parecido con la forma del cardinal es un desarrollo perfectamente aceptable, considera el autor.

Una vez terminada la revisión de esta selección de numerales, puede decirse que el libro es un trabajo muy útil de consulta, no sólo por las aportaciones que en él se hacen, sino por la detallada exposición con que se recogen los análisis morfológicos e interpretaciones que cada forma ha suscitado desde estudios antiguos.

MARÍA DEL HENAR ZAMORA SALAMANCA

Ken Dowden, *Death the Maiden. Girl's initiation rites in Greek mythology*, Routledge, Londres y Nueva York, 1989, X + 257.

El trabajo del profesor D(owden) que pasamos a reseñar no consiste tanto en un repertorio descriptivo de rasgos genéricos en relación con prácticas ini-